

No. 19 - Agosto - 1951



REVISTA INFANTIL NACIONAL

América

Otero Reiche

El hombre de la América
será como las piedras del Cuzco, misterioso;
será como las aguas de Xochimilco, puro;
será como las selvas ubérrimas, fecundo;
como los ríos inquieto, como los vientos ágil;
como el jaguar bravío;
como la mar profundo.

El hombre de la América
sabrà templar el ronco charango de sus nervios
al son de los pamperos;
sabrà escalar las cumbres para mirar más lejos,
sabrà tornarse en árbol para crecer sin límite,
porque ya fué Bolívar
y ha sido Washington,
porque ya fué vidente si se llamó Martí,
porque ya fué poeta si se llamó Darío.

Fragmento tomado del poema "América"



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia

Directora:
EVANGELINA GAMBOA
Tel. 124 - Heredia
Administración:
MARIA CRISTINA MARTÍNEZ
EMMA MORALES
Heredia — Costa Rica

Sumario:

América	1
Colgó la luna su nido	2
Beldad y la Bestia	3
Plegaria por el nido	7
Independencia de Centro América	8
Mi Bandera	9
Isaac Newton	10
Historia de Ferdinando	11
El gato, el gallo y la zorra	12
Los niños hablan	15
El vaquero	16

AGOSTO 1951

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 19

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

¢ 0.20

Colgó la luna su nido...

En las ramas del nogal
la luna colgó su nido.
Los niños pobres del pueblo
vienen a ver el prodigio.
¿En cuál petaca de cuero
falta, mujer, un ovillo?
¿Desde cuándo los horneros
hacen sus hornos de lirios?

En las ramas del nogal
colgó la luna su nido.
—Raros pichones de nácar
en el globo cristalino
nos pareció que cantaban...
así contaron los niños.

Antonio Esteban Agüero.



BELDAD Y LA BESTIA

(Continuación).

—Antes moriría yo, Beldad—replicó la Bestia.—Te mandaré a casa de tu padre. Tú te quedarás allí y tu pobre Bestia morirá de tristeza.

—No—dijo Beldad con lágrimas en los ojos,—te amo demasiado para ser causa de tu muerte. Te prometo volver dentro de una semana. Tú me has permitido ver que mis hermanas se han casado y mis hermanos han ido al servicio militar, y mi padre se ha quedado solo. Déjame estar con él una semana.—

—Mañana por la mañana te hallarás en su compañía—contestó la Bestia,—pero procura no olvidar tu promesa. Cuando quieras volver aquí basta que dejes tu anillo sobre la mesita de noche al acostarte. ¡Adiós, Beldad!

La Bestia suspiró al pronunciar estas palabras y Beldad se fué a la cama, muy triste al verlo tan apenado. Al día siguiente se despertó en la casita de campo. Tocó una campanilla que estaba al alcance de su mano y entró una criada, que, al ver a Beldad, lanzó un grito que hizo acudir al comerciante, muy alarmado; pero en cuanto vió a su hija, corrió hacia ella y la besó cien veces. Por fin, Beldad cayó en la cuenta de que no había traído vestidos que ponerse; pero la criada la tranquilizó diciendo que acababa de encontrar en la habitación

contigua una gran arca llena de vestidos, todos recamados de oro y cuajados de piedras preciosas.

Beldad dió gracias a la Bestia desde el fondo de su corazón por tanta bondad y se puso el vestido más sencillo que pudo hallar entre todos. Lugo expresó el deseo de que la criada apartase los otros porque quería regalarlos a sus hermanas; pero apenas hubo pronunciado estas palabras el arca desapareció de la vista. Entonces el padre dijo que acaso la Bestia quería que los guardase para ella, y al momento vieron el arca donde antes estaba. Mientras Beldad se vestía entró una criada a anunciarle que acababan de llegar sus hermanas con sus maridos a visitarla. Ninguna de las dos era feliz con el caballero que le tocó por marido. El de la mayor era muy apuesto, pero estaba tan pagado de su hermosura, que no le daba importancia a su mujer. El de la segunda era un hombre de mucho talento, pero sólo los empleaba en atormentar y humillar a todos sus amigos y especialmente a su mujer.

Las dos hermanas estaban a punto de reventar de rabia viendo a su hermana vestida como una princesa y tan encantadora como siempre. Todas las pruebas de afecto que les prodigó fueron inútiles, pues se sintieron más humilladas que nunca cuando les dijo que vivía muy feliz en el palacio de la Bestia. Las rencorosas mujeres salieron al jardín, donde lloraron pensando en la buena suerte que su hermana había tenido.

—¿Por qué ha de tener más suerte que nosotras, esa miserable?—se decían.—¿No somos más hermosas que ella?

—Hermanas—dijo la mayor—se me acaba de ocurrir una idea: Procuremos retenerla aquí más de una semana, y así, cuando regrese, el monstruo se encontrará tan enfurecido que posiblemente la devorará en un momento.

—Es una gran idea—convino la otra,—mas para eso tendremos que fingir mucha amabilidad.

Se le reunieron en la casita y le demostraron tanto amor falso, que Beldad no pudo menos que llorar de gozo.

Cuando ya se acababa la semana, fué tal la pena que fingieron sus hermanas cuando les habló de despedirse, que les prometió permanecer en casa otra semana. Pero Beldad languidecía de tristeza porque sabía que la pobre Bestia sufría con su ausencia, y porque la quería tanto, que anhelaba volver

a gozar de su compañía. Entre los muchos hombres poderosos e inteligentes que conoció, no encontró a nadie tan sensato, tan afectuoso, tan atento y bondadoso como la Bestia. La décima noche de su estada en la casita de campo soñó que estaba en el jardín del palacio, que la Bestia agonizaba sobre el césped y que su último pensamiento era el recuerdo de la promesa a cuyo olvido atribuía su muerte. Beldad se despertó sobresaltada y prorrumpió en llanto.

—¿No seré una malvada—se dijo,—si me porto tan mal con la Bestia, que de tanta bondad me ha hecho objeto? ¿Por qué no casarme con él? dado su noble corazón, seguramente me haría más feliz que a mis hermanas sus maridos. No quiero que siga siendo un desgraciado por mi culpa, pues no me lo perdonaría a mí misma en el resto de mi vida.

Se levantó, puso su anillo sobre la mesita, volvió a meterse en la cama y se durmió. Al día siguiente experimentó una gran alegría al encontrarse en el palacio de la Bestia. Se atavió y acicaló cuidadosamente para serle más agradable a los ojos, y pensó que aquel día transcurrirían las horas más lentamente. Al fin dieron las nueve, pero la Bestia no se presentó. HorrORIZADA por el temor de haber podido causar en realidad su muerte corrió de sala en sala gritando:

—¡Bestia! ¡Querido Bestia!

Pero nadie contestaba. Beldad se acordó entonces del sueño, corrió al césped del jardín y allí lo encontró tendido y como muerto, junto a la fuente. Sin pensar en su horrorosa fealdad, se arrodilló a su lado y, comprobando que aun le latía el corazón, cogió agua de la fuente y le rocío la cara entre lágrimas y sollozos.

La Bestia abrió sus ojos.

—Olvidaste tu promesa, Beldad, y yo decidí morirme, ya que no podía vivir sin ti. Me he dejado morir de hambre, pero muero contento, porque he vuelto a ver tu cara.

—¡No, querido Bestia!—gritó Beldad arrebatadamente,—no morirás; has de vivir para casarte conmigo. Pensaba que era sólo amistad lo que sentía por ti, y ahora comprendo que era amor.

Tan pronto como Beldad hubo pronunciado estas palabras, el palacio se inundó de luz y se produjeron en torno de ellos toda clase de manifestaciones de regocijo, de fiesta

y alborozo; pero ella, sin percatarse de nada, continuó inclinada sobre su amado Bestia, contemplándolo con la mayor ternura, hasta que no pudiendo contener en su pecho tanto sentimiento, dejó caer su cabeza entre las manos y, tapándose los ojos, pronunció en llanto gozoso. Cuando volvió a levantar la cabeza, la Bestia había desaparecido y a su lado vió un hermoso y gallardo príncipe que, con la más tierna unción le daba las gracias por haberlo librado de su encantamiento.

—Pero, ¿dónde está mi pobrecito Bestia? No quiero a nadie más que a él; sollozó Beldad.

—No soy otro que él—replicó el príncipe.—Una malvada hechicera me condenó a tan horrible forma, y me prohibió manifestar juicio e inteligencia hasta que una mujer hermosa consintiera en casarse conmigo. Sólo tú, amada Beldad, me has juzgado, no por mi forma ni por mi talento, sino por mi corazón.

Beldad, llena de sorpresa, pero muy dichosa, se dejó acompañar por el príncipe al palacio, donde encontró a su padre y a sus hermanas, los cuales habían sido trasladados allí por la dama a quien viera en sueños la primera noche que pasó en el palacio.

—Beldad,—dijo la dama que era un Hada,—has sabido elegir y tienes la recompensa, pues un corazón puro vale más que la hermosura y el talento. En cuanto a vosotras, señoras, añadió volviéndose a las hermanas,—sé lo malas que habéis sido; pero no conozco peor castigo para vosotras que haceros presenciar la felicidad de vuestra hermana. Estaréis como estatuas a la puerta de su palacio y cuando, arrepentidas, halláis expiado vuestras faltas, volveréis a ser mujeres. Pero como a decir verdad, mucho me temo que continuaréis siendo estatuas para siempre.

Madame de Villeneuve

Adivinanzas

1

Bajo su cúpula blanca
hay dos ventanas abiertas.
Tú no las ves, ellas ven
y es de noche si las cierras.

2

Voy caminando sin pies
y voy cantando sin boca,
la nube me dió a la tierra
y la tierra a la mar loca.



Plegaria por el nido

Gabriela Mistral.

Dulce Señor, por un hermano pido,
 indefenso y hermoso: ¡por el nido!

Florece en su plumilla el trino,
 ensaya en su almohadita el vuelo.
 ¡Y el canto dices que es divino
 y el ala cosa de los cielos!

Dulce tu brisa sea al mecerlo,
 dulce tu luna al platearlo,
 fuerte tu rama al sostenerlo,
 bello el rocío al enjorarlo.

Tú, que me afeas los martirios
 dados a las criaturas finas:
 al copo leve de los lirios
 y a las pequeñas clavelinas,

guarda su forma con cariño
 y pálpalo con emoción.
 Tirita al viento como un niño;
 ¡es parecido a un corazón!

Independencia de Centro América

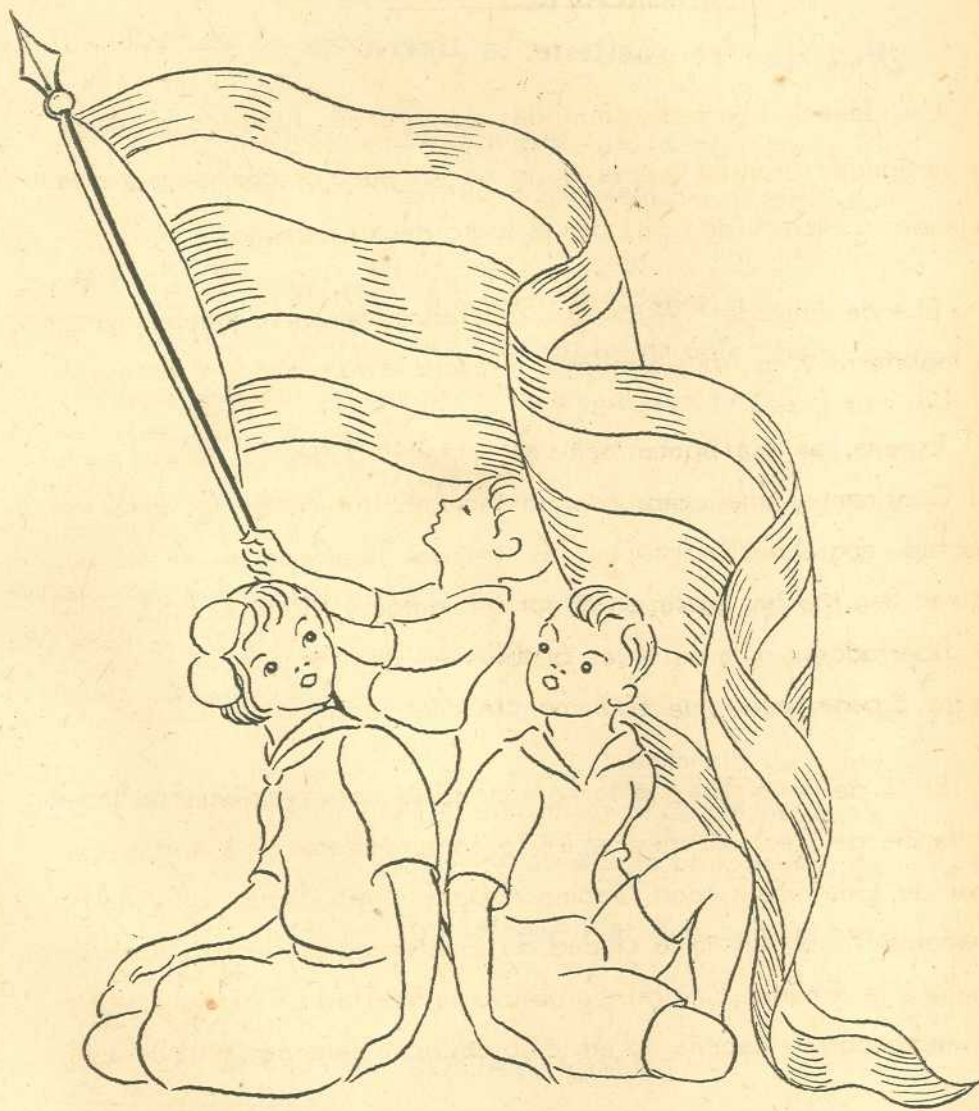
Las ideas de libertad sustentadas por grandes filósofos y escritores europeos fueron luz y entusiasmo en los pueblos oprimidos, fortaleciendo su espíritu de lucha por el logro de sus derechos.

El 4 de Julio de 1776 proclamó Estados Unidos su independencia de Inglaterra y en 1789 estalló en Francia la *Revolución Francesa*.

España, en esa época, tenía el dominio sobre la mayor parte del Continente Americano, adonde también florecieron las ideas de libertad, engrandeciéndose en los grandes libertadores, en el sur, Bolívar, San Martín, Sucre; en el norte Hidalgo y Morelos. Estos grandes libertadores guiaron a los pueblos en una larga guerra, guerra contra España, guerra heroica, con la cual lograron la libertad.

El 15 de Setiembre fué la hora propicia para proclamar la independencia de Centro América; así lo comprendieron el Capitán General de Guatemala, don Gabino Gaínza y las demás autoridades españolas. Y ese día en la ciudad de Guatemala se declaró libre de España a la América Central. Se obtuvo la libertad sin derramamiento de sangre porque España no envió soldados a defender su soberanía.

Este don maravilloso de ser libres lo recibimos de los pueblos que lucharon heroicamente por la libertad, porque nos ofrecieron el clima propicio para obtenerla sin lucha; fué un don para esta pequeña América que enlaza las Américas del Norte y del Sur y que siente en su espíritu la unidad de América y valora el don precioso de la libertad, antorcha que nos lleva hacia mejores destinos.



Mi Bandera

**Cómo Isaac Newton dió contestación
satisfactoria a la pregunta
¿Por qué se sostiene la tierra en el espacio?**

La contestación a esa pregunta fué problema que interesó al científico inglés, Isaac Newton, y sobre el que reflexionó por mucho, mucho tiempo.

Cuentan que se encontraba un día en el jardín de su casa completamente abstraído en sus pensamientos, cuando de pronto, el ruido de una manzana al caer llamó su atención.

—"¿Por qué la manzana cae a la tierra?"—se preguntó.

Y a su mente, como rayo de luz, llegó la respuesta. —"La tierra la atrajo"—.

Y esta idea de la atracción de la tierra fué motivo de observación y reflexión, y entonces se dió cuenta de que la Tierra tiene una fuerza magnética que él llamó gravitación y que también descubrió en el Sol y los planetas.

La gravitación es la razón por la cual, los planetas se sostienen en el espacio y giran alrededor del Sol.

Newton descubrió la siguiente ley:

LEY DE GRAVITACION UNIVERSAL

La fuerza de atracción entre dos cuerpos, es directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que los separa.

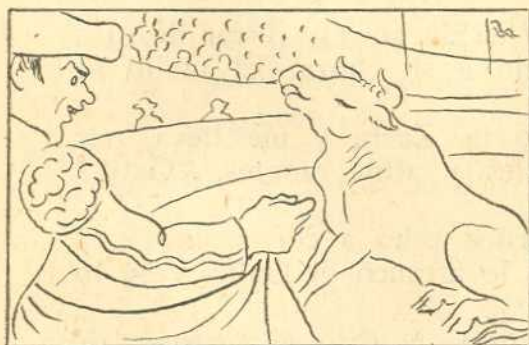
Nació Newton en el año de 1642 y murió en 1727 habiendo dejado a la posteridad valiosísimos descubrimientos.

Historia del Torito Ferdinando



El Ferdinando, manso torito,
gusta de flores, gusta de sol.
Por ser tan bueno, por ser tan manso,
vayan oyendo que le pasó.
Los hombres malos que buscan toros
para corridas y matador,
andan buscando, y a Ferdinando
quieren sacarlo de su rincón.

El huele flores; una escondía
perversa avispa que le picó:
él da mil saltos, y brama, y bufa
y creen los hombres que es el mejor.
—¡Qué bravo toro!, ¡qué bríos tiene!...
Y al Ferdinando inocentón,
para corridas ya se lo llevan,
para la espada del matador.



Pero en el ruedo, nuestro buen toro
las perfumadas damas olió.
Feliz se siente, se cree en el prado,
de lindas flores entre el olor.
No sirve entonces para la lidia,
no embiste fiero, ni tira coz...
y lo devuelven a sus potreros
y hacia las flores que tanto amó.

Y así termina esta aventura
del Ferdinando inocentón.



El Gato, el Gallo y la Zorra

En otros tiempos hubo un anciano que tenía un gato y un gallo muy amigos uno del otro.

Un día el anciano se fué al bosque a trabajar; el Gato le llevó el almuerzo y el Gallo se quedó para guardar la casa. Pasado un rato se acercó a la casa una zorra, y situándose debajo de la ventana se puso a cantar:

—¡Cucuricú, Gallito de la cresta de oro! Si sales a la ventana te daré un guisante.

El Gallo abrió la ventana, y en un abrir y cerrar de ojos la Zorra lo cogió para llevárselo a su choza. El Gallo se puso a gritar:

—¡Socorro! Me ha cogido la Zorra y me lleva por bosques oscuros, profundos valles y altos montes. ¡Gatito, compañero mío, socórreme!

Cuando el Gato oyó los gritos echó a correr en busca del Gallo; encontró a la Zorra, le arrancó el Gallo y se lo trajo a casa.

—Ten cuidado, querido Gallito—le dijo el Gato—, de no asomarte más a la ventana; no hagas caso de la Zorra, que lo que quiere es comerte sin dejar de ti ni siquiera los huesos.

Al otro día se fué también el anciano al bosque; el Gato le llevó la comida y el Gallo se quedó a cuidar de la casa, no sin haberle recomendado el buen viejo que no abriese la puerta a nadie ni se asomase a la ventana. Pero la Zorra, que tenía mucha gana de comerse el Gallo, se puso debajo de la ventana y empezó a cantar como el día anterior:

—¡Cucuricú, Gallito de la cresta de oro! Mira por la ventana y te daré un guisante y otras semillas.

El Gallo se puso a pasearse por la cabaña sin responder a la Zorra; entonces ésta repitió la misma canción y le echó un guisante por la ventana. El Gallo se lo comió y dijo a la Zorra:

—No, Zorra, no me engañas: lo que tú quieres es comerme sin dejar ni siquiera los huesos.

—¿Pero por qué te figuras que yo te quiero comer? Lo que quiero es que vengas a mi casa para hacerme una visita, presentarte a mis hijas y regalarte como te mereces.

Y otra vez se puso a cantar con una voz muy suave:

—¡Cucuricú, Gallito de la cresta de oro y cabecita de seda! Mira por la ventana; así como te dí un guisante te daré también semillas.

El Gallo asomó la cabeza por la ventana y la Zorra lo cogió con sus patas y se lo llevó a su choza.

El Gallo, asustado, se puso a dar grandes gritos:

—¡Socorro! La Zorra me ha cogido y me lleva por bosques oscuros, valles profundos y altos montes. ¡Gatito, compañero mío, socórreme!

El Gato oyó los gritos del Gallo, lo buscó por todas partes y al fin lo encontró; se lo quitó a la Zorra, lo trajo a casa y le dijo:

—¿No te había dicho, querido Gallito, que no mirases por la ventana? El mejor día te comerá la Zorra y no dejará de ti ni siquiera los huesos. Ten cuidado mañana porque iremos muy lejos de casa y no te podré oír ni ayudar.

Al día siguiente el anciano se marchó otra vez al campo, y el Gato, como de costumbre, le llevó la comida. Cuando la Zorra vió que se había marchado el viejo, vino debajo de la ventana de la cabaña y se puso a cantar la misma canción de siempre; la repitió tres veces, pero el Gallo no le respondía.

—¿Qué te pasa?—dijo la Zorra—¿Por qué hoy, Gallito, no me respondes?

—No, Zorra; esta vez no me engañas; no miraré por la ventana.

La Zorra le echó por la ventana un guisante y varias semillas y se puso a cantar muy dulcemente:

—¡Cucuricú, Gallito de la cresta de oro y la cabecita de seda, sal a la ventana! Yo tengo un palacio grande, grande; en cada rincón hay muchos sacos de grano y podrás comer tanto como quieras. ¡Si tú vieras tantas golosinas que tengo allí! No creas al Gato, que si yo hubiese querido comerte ya lo habría hecho; yo te quiero mucho, y mi deseo es que

viajes y veas tierras nuevas para que aprendas a vivir bien en el mundo. ¿Me tienes miedo? Pues mira, asómate a la ventana que yo me retiraré un poquito.



Y se escondió debajo de la ventana. El Gallo saltó sobre el marco y sacó su cabeza afuera; la Zorra de un golpe, lo cogió y se lo llevó a su casa.

El Gallo se puso a dar gritos desesperadamente llamando al Gato en su socorro; pero tanto el viejo como el Gato estaban muy lejos y no lo oyeron.

Apenas el Gato volvió a casa se puso a buscar a su amigo, y no encontrándolo, pensó que le habría ocurrido la misma desgracia de siem-

pre. Cogió una lira y un palo y se fué en busca de la choza de la Zorra. Una vez llegado, se sentó y empezó a cantar acompañándose con la lira:

—Tocad cuerdecitas de oro. ¿Está en casa la señora Zorra? ¡Qué hermosas son sus hijas, la mayor *Maniquí* la otra *Ayuda Maniquí*, la tercera *Dame el Huso*, la cuarta *Carda la Lana*, la quinta *Cierra la Chimenea*, la sexta *Enciende el Fuego* y la séptima *Hazme Pasteles!*

La Zorra, oyendo cantar, dijo a su hija *Maniquí*:

—Sal a ver quién canta tan bonita canción.

Apenas *Maniquí* se presentó al Gato, éste le dió un golpe en la cabeza con el bastón y la guardó en un saco que llevaba. Repitió la misma canción, y la Zorra envió a su segunda hija, y después envió la tercera, y así hasta la última. Conforme salían de la choza, el Gato las mataba y las guardaba en su saco. Por fin salió la misma Zorra, y apenas el Gato la vió le dió con el palo tal golpe en la frente, que la hizo rodar por el suelo para no levantarse más.

El Gallo se puso muy contento, saltó por una ventana, dió las gracias al Gato por haberle salvado y volvieron los dos a casa del anciano, donde vivieron muy felices durante muchos años.

Casa donde vivió don Tomás Guardia en Bagaces



Copia del natural por

Flor de María López. VI Grado. Escuela Leipold - Cañas.

Mi Escuela tiene árboles

Mi Escuela es muy bonita porque está rodeada de unos árboles llamados *Llama del Bosque*.

Mi aula se refresca con esos árboles, tiene ventanas por donde entra claridad y aire, y la sombra de ellos refleja en el piso, formando adornos con que yo me distraigo.

Estos árboles son un poco más altos que el techo de la escuela, tienen una flor de color anaranjado, las hojas son peludillas como terciopelo, las semillas que parecen de papel se encuentran dentro de una vainica. Cuando la vainica se abre se desprenden y vuelan, parecen papelillos volando. Esas vainicas las cojo yo para verlas navegar en la pila de mi casa, semejan botecitos.

Walter Quirós. V Grado.

Escuela C. González Víquez.—Heredia.

El Vaquero

Al alba, todos los días,
el niño que es un vaquero,
con una rama de pino
camino de los potreros.

La vaca con paso lento,
viene bajando el camino,
mugiéndole a su ternero.

Su ternerito, tan tierno,
apenas recién nacido,
tiene un lucero en la frente
y su pelo bien lamido.

